

LA MUERTE DE KEROUAC, «PADRE DE LOS HIPPIES»

MUNDO
JOVEN

NUM. 58 • 8 DE NOVIEMBRE DE 1969 • 15 PESETAS

MJ LOS
HA REUNIDO

**JUAN
Y
JUNIOR**

**NI
AMIGOS,
NI
ENEMIGOS**



M.J
ANUNCIO SU SEPARACION
M.J
LOS HA REUNIDO

JUAN Y JUNIOR NI AMIGOS, NI ENEMIGOS





«Juan y Junior se han separado». Así, sin énfasis alguno, rezaba nuestra portada correspondiente al número 22 de MJ, 1 de marzo de 1969. Entonces, muy pocos dieron un crédito, al menos total, a la noticia que brindábamos en absoluta exclusiva. Sin embargo, el tiempo ha confirmado nuestra afirmación, calificada por algunos de prematura, incluso de infundada.

A partir de aquella fecha, y por razones que jamás han quedado demasiado claras, los dos muchachos emprendieron rumbos diversos, sintiéndose así —son palabras textuales de ambos por aquellos días— «mucho más a gusto». Desde entonces, salvo alguna comunicación telefónica de compromiso para dilucidar asuntos marginales a su vida, Juan y Junior no habían tenido una conversación cara a cara propiamente dicha. Bien porque la casualidad no les hizo coincidir, bien porque ambos rehuyeron en lo posible toda ocasión de encontrarse, el hecho es que, desde comienzos del pasado —y ya lejano— marzo, tal vez incluso desde antes, no volvieron a estar juntos. Ni siquiera en Londres, donde, por tan sólo unas horas de desfase, no coincidieron en los mismos estudios de grabación.

Ahora, al cabo de siete largos meses, cada cual ostenta ya su propio «curriculum vitae». Juan-persona-ideas-trabajo... es una entidad tan al margen de Junior, como lo es la opuesta entidad del otro, que resulta poco menos que inconcebible imaginarlos juntos y, menos aún, unidos. Aunque no fuera más que para demostrarse el uno al otro —y a los «otros»—, siquiera aparentemente, que «aquí no ha pasado nada, todos amigos, y chin-chin, salud y suerte». Pero ni eso: ni estando, como yo he estado, al acecho para poderos brindar con alguna verdad la noticia de la naturalidad entre los antiguos e inseparables J & J, para consuelo de tanta gente, ni eso se ha logrado.

Hasta que me he decidido a suscitar, yo, personalmente, un encuentro, que la suerte, o lo que sea, impide obstinadamente. Les he invitado a cenar, advirtiendo honradamente que «el otro» vendría.

UN BRINDIS CON «SAKE»

Y vinieron. A un restaurante japonés. Brindamos con «sake», ese licor fuerte de arroz que los nipones tragan como nosotros el vino. Kimonos, reverencias, tempuras y sukiyakis..., tengo que confesarlo amargamente: fueron la losa de seda de mi fracaso.

Todo, como entre los mismísimos japoneses, fueron eso: sonrisas, naturalidad sostenida a pulso: **«Nunca hubo enfado entre nosotros tras la separación; tensión nada más, lo lógico; una gran tensión, si quieres, pero enfado, nada».**

Yo estaba seguro de que una conversación tripartita, con mis oficios de «hombre bueno» —perdón por la inmodestia—, iba a ser muy esclarecedora. Pero aquí radicó mi fallo: no hubo conversación. No pudimos hablar de nada. Porque ambos se me cerraban en banda, dedicándose sistemáticamente al intrincado manejo de los palillos japoneses, comentarios intrascendentes, sin importancia, sobre el mundo del disco en Londres.

No sé por qué, llego a la conclusión de que una de las más difíciles cosas de resucitar es una amistad que se muere. Y pienso que es este el sencillísimo problema de Juan y Junior. Sin más. ▶

JUAN Y JUNIOR



Sobre el cimientto de esta idea bo colocar todos mis intentos ra reconstruir aquella converción inexistente. O, ¿para qué construiría?

Fue una cena. Una cena de ambiente japonés. Con todo lo e de incomprensible tiene, ra un occidental, el misterio l Oriente. Y yo —a ver si se tiende— era «el occidental» aquella cena.

A los postres, surgió un inci- nte que me sorprendió. Hizo entrada, en Mikado, un ser de edad ya madura, que, mediar palabra, se abalanzó

literalmente sobre los dos cantantes con vivas muestras de emoción. «Qué gran alegría veros juntos, qué maravilla, estoy feliz, juntos, los dos...».

—Es Jorge Reig —me dijo Juan—, el productor de la película que rodamos con Pedro Olea.

El hombre, con la emoción de un encuentro inesperado, me miró a los ojos, y hablando en tono de decir verdades, me confesó: «¿Ha sido usted el autor de esta unión? Es usted un ángel, gracias».

Y seguimos cenando. Yo me quedé aún más estupefacto, si cabe, y continuamos nuestra ex-

traña conversación. Juan estaba contento porque su «Charanga» era número uno. «A mí me parece un poco larga, bueno, ya lo sabes», apuntó Junior.

—¿Qué sentiste tú al enterarte de que «La Charanga» de Juan era número uno?

—No sé —titubeó Junior—, me alegré. Hombre, no di saltos de alegría, pero tampoco lo sentí. Me pareció bien.

Juan me expresa su interés por los grupos y cantantes que produce. El prefiere utilizar la palabra ayuda. Tiene un especial cariño por la obra de Andrés do

Barro, cree que puede caminar bien. «Gente Feliz —me dice— no han tenido suerte, habrá que buscarles otro material para grabar». Junior espera para noviembre ver su disco a la venta. Pero, en el coche, guarda cuidadosamente los acetatos de esas canciones que serán su primer lanzamiento («Todo porque te quiero» y «Vuelve a mi isla»). Juan habla entusiasmado de sus contactos londinenses. Y Junior de sus películas. «Me interesa actualmente más el cine que la canción, debo confesarlo». Juan: «Me van a lanzar, en Inglaterra, con un LP, como autor que canta, y el que quiera, que grabe mis canciones. Algo así como Nilsson, por ejemplo». Junior: «Estoy impaciente, no veo por qué la casa de discos tiene que aguardar hasta noviembre para lanzar la primera grabación...». Juan: «¿Por qué no llaman los comentaristas españoles a las Supremes, Tom Jones, Frank Sinatra, etcétera, etcétera, versloneros también? Aquí a todo el que grabe un éxito de otro le tachan despectivamente de versionero, cerrando los ojos a lo demás».

Las diez, las once, las doce y la una. La reunión ha finalizado. Los dos, correctos, amables, extremadamente corteses, como amigos. Como dos personas que se acaban de conocer, y no saben de qué hablar. Así vi a Juan y Junior el otro día. Me gustaría poder decir otra cosa, pero sabéis —tú, Juan, y tú, Junior— que no puedo, por todo eso del engaño, la falta de profesionalidad y otras vaguedades de las que, al menos un poquito, sí hablamos.

¿Sería demasiado incongruente finalizar así? Juan y Junior, ni amigos, ni enemigos: nada. ■ J. M. I.

